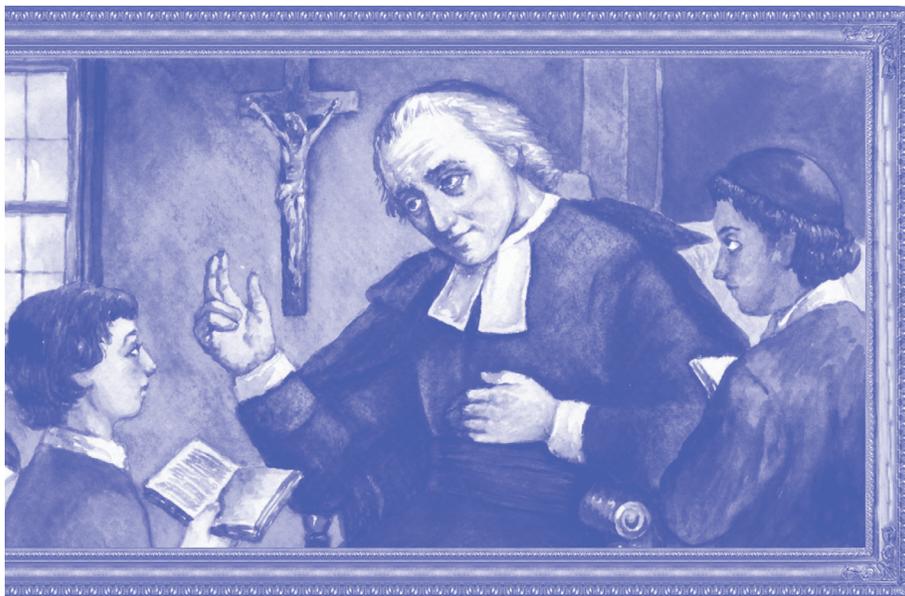




Capítulo 7. *La lucha se incrementa*

El 5 de Febrero de 1706 Juan Bautista recibió nueva sentencia condenatoria del Parlamente de París por intrusismo en la enseñanza. Ya no se preocupaba de las pertinaces condenas promovidas por los calígrafos y ni si quiera se presentó ante el tribunal, presuponiendo ya su condena. Hacía lo posible por sembrar con el ejemplo la actitud de resignación y paciencia para poder seguir en sus puestos, pues tenían como arma defensiva el desinterés con el que actuaban en su profesión. Sin embargo, los Hermanos comenzaron a vacilar. El Fundador intentó hacerles ver que en otros sitios no había tanta persecución. Que, en conjunto, el Instituto iba bien. Por ejemplo, en Marsella se acababa de abrir una Escuela el 6 de Marzo con dos Hermanos de momento.



San Juan Bautista de La Salle

**HECHOS
Y GESTOS
DE UN
MENSAJERO**

Pero los Hermanos no tenían, como es natural, el temple y virtud de su Padre y promotor. Las persecuciones y molestias en París se manifestaban ya tan violentas desde mediados de año, que los Hermanos pidieron en serio al Fundador retirarse de las escuelas de la capital.

En Mayo, La Salle hace un retiro en secreto en los carmelitas de la calle Vaugirard para conocer la voluntad divina. La oración y las penitencias eran el lenguaje que empleaba para que Dios le iluminara en este momento de decisiones. Al terminar aceptó retirarse de San Sulpicio, más por el desánimo de los Hermanos y el mal comportamiento del Párroco La Chetardie, que porque viera por sí mismo que se podía o debía abandonar un campo de batalla. Fue la indiferencia y hasta la a agresividad del mismo párroco, que no defendía como debiera sus escuelas parroquiales, lo que le movió a dar la razón a los Hermanos.

Los padres de los escolares se enteraron tarde de la ausencia de los profesores de sus hijos y acudieron para protestar airadamente ante el párroco. La Chetardie tuvo que pedir en Agosto por carta a La Salle que volviera con los

Hermanos. La Salle le puso como condición que hiciera valer su autoridad ante los maestros perseguidores y exigiera que dejaran en paz a los Hermanos en beneficio de los escolares. El párroco aceptó de mala gana, aunque tuvo que reconocer que era lo menos que podían pedir los Hermanos. El 2 de Octubre se reanudaron las clases.

El 1707 comenzó para el Fundador el peor asunto de los que pasaron por sus manos y la peor demanda con la que hubo de enfrentarse. Fue una trampa del diablo en forma de un joven clérigo aparentemente celoso del Reino de Dios. Hacia Febrero Juan Bautista recibió la visita del abate Juan Carlos Clement, quien quería fundar una escuela Normal de Maestros y solicitaba su ayuda. ¡Precisamente una escuela de maestros, por las que él tanto había suspirado! Era una ocasión de oro, pues veía en la formación de los docentes el mejor camino para luchar contra la ignorancia del pueblo. La tentación era irresistible. Juan Bautista cayó en ella y apoyó el proyecto, puso su honor y su dinero en la empresa y lo perdió todo, todo, menos las muchas oraciones que dirigió a Dios para que la empresa triunfara.

Todo comenzó como un proyecto luminoso y una gran tarea apostólica. Pero se transformó, por la malicia de los hombres, en un asunto muy doloroso para el Fundador. Al comienzo se resistió mucho, ante la juventud del abate, que insistía con obsesión y aparente celo en hacer la fundación. La defendía y prometía que en breve él pagaría, con las rentas desahogadas de que dispondría de diversas procedencias, la casa, las pensiones, la formación de los maestros. Juan Bautista le hizo firmar con su habitual prudencia algunos compromisos y contratos escritos. Como, de momento, el abate no tenía el dinero disponible, pidió al Fundador que él adelantar el importe de la casa con préstamos o con donativos. La Salle tardó casi un año en decidirse a esta colaboración económica; primero, porque no tenía dinero y, segundo, porque sospechaba que algo no iba bien. Sabía que las cosas de Dios no podían hacerse con tantas facilidades y que aquello no tenía buen aspecto pues todo eran seguridades.

El 16 de Abril de 1708 se firmó, por fin, el contrato sobre la casa y, de forma inmediata, se abrió la tal escuela. Por Marzo escribió un “Memorial sobre la finalidad del Instituto”. Es casi seguro que lo hizo para el Abate Clement y para los que, luego, pudieran imitar tan aparente buena obra.

Mientras tanto, La Salle seguía cuidando las otras obras. El 15 de Julio nombró al Hermano José, Director de Ruán, como Visitador de las escuelas del norte

y le dio una obediencia, en donde aparecía por primera vez un sello, el del Instituto. Posiblemente designa al Hno. Ponce para que visite y ayude a los Hermanos del Sur. El 24 de Octubre compró a nombre de su amigo Rogier la casa definitiva de San Dionisio, en Paris, para la Escuela del Abate Clement.

Su mayor esperanza estaba en Ruán. Avanzaba por entonces la fundación de las escuelas, a donde La Salle prometía enviar hasta diez Hermanos para las cuatro que se le ofrecían. En Septiembre, se abrió también la escuela de Alès. Luego, inició la de Mende. El año siguiente siguió la Grenoble.



En 1709, la obra de la Escuela Normal de Maestros de S. Dionisio iba viento en popa. El grupo de maestros recogido funcionaba bien. Los párrocos que los enviaban y que, luego, los iban a ocupar en escuelas, pagaban una pensión. Era una obra excelente que causaba admiración en cuantos la conocían y daba a conocer a los piadosos promotores. Uno de ellos, el principal, era el Abate Clement. ¿Fue eso lo que puso en guardia a su familia? Es posible. El caso es que la tormenta se iba formando, hasta que, de la noche a la mañana todo se desarticuló.

Juan Bautista, mientras tanto, seguía con su intensa actividad y tratando de sobrevivir en medio de las hambres y de las enfermedades. Fue año de mucha mortalidad en la población pobre. Los historiadores dirán que, desde la Edad Media, no se había conocido otro año peor. Ese año tuvo que llevar el Noviciado desde San Yon a París, debido a la carestía de alimentos que existía y a los numerosos habitantes de la casa, que ya resultaba pequeña para todos.

De cuando en cuando, se acordaba del mensajero enviado a Roma, el Hno. Gabriel Drolin. Entonces no llegó a saberlo, pero el 5 de Mayo este Hermano recibió la tonsura clerical en Roma. Era la única forma entrar en los círculos curiales, relacionarse con gentes de iglesia y aspirar a la escuela que había ido buscando. Es probable que, a pesar del alejamiento que Juan Bautista quiso imponer a los Hermanos con respecto a cualquier servicio de clerical, entendiera, si al fin llegó a saberlo, el sentido de lo que Drolin había hecho.

Porque mientras el Hermano de Roma luchaba por su escuela pontificia, en Francia su fundador y padre seguía sembrando escuelas cristianas, evangelizadoras.

A lo largo de 1710, se abrieron la de Versailles y la de Boulogne. En ese tiempo todos hablaban de otras escuelas, como la que habían tenido los jansenistas en la Abadía de Port Royal, que fue destruida de forma violenta por orden real, ante la resistencia de los dirigentes a someterse a las autoridades. Eran escuelas de prestigio en Paris. Las había iniciado en la abadía de Port-Royal el sulpiciano Jean Duvercier, Abad de Saint Cyr, cincuenta años antes. Se habían convertido en centro de jansenismo, por obra de la hermana del pensador Blas Pascal. Era la Abadesa, se llamaba Jacqueline y era educadora. Había una escuela de niñas y otra de niños. Sus métodos eran objeto de todas las conversaciones. Y su elevado espíritu aristocrático las hacía famosas. Por eso, su ruina causó impresión en toda la población capitalina. Es seguro que Juan Bautista conoció los hechos y es seguro que había conocido los



métodos y las formas pedagógicas, aunque los asistentes a sus escuelas populares estaban muy distantes socialmente de los jansenistas de Port Royal.

La Salle abrió otras escuelas en 1711, como la de Moulins y la segunda de Versailles. Pero la más querida para Juan Bautista fue la de Los Van, en el corazón de la región dominada por los hugonotes o protestantes. Era para los hijos de los herejes, a quienes Luis XIV había obligado a elegir entre convertirse al catolicismo o marchar al exilio. Todavía sufrían la amargura de la supresión decretada por Luis XIV, veinte años antes, por medio del Edicto de Nantes, y veían que sus hijos estaban obligados a ir a una escuela católica.

Como cada año, desde febrero visitaba las comunidades. Pero en este año pensó que su deber era conocer directamente y atender a las comunidades del Sur. Planificó el viaje en este año de 1711, y, en Febrero, salió en dirección al Sur. Estando allí, recibió la triste noticia del fallecimiento de su hermana María. El 5 de Abril llegó a Avignon. Luego caminó hacia Alés y Mende y llegó a Marsella. Estando en este puerto del Mediterráneo, estuvo a punto de dirigirse a Roma, para ver y apoyar la Escuela que tenía Drolín en la ciudad de los Papas. Los jansenistas intentaban ganarle para su causa, pero su negativa a sus manejos le originó fuertes oposiciones, que se prolongarán durante dos años.

Mientras estaba ausente, se destruyó la Escuela de los Maestros de San Dionisio, en París. La familia del abate Clément, su padre, recién nombrado cirujano real, y su hermano Alejandro, ambos de carácter arrogante y engreído, se habían ofendido porque uno de su familia se dedicara al bajo oficio de formar maestros. Y pusieron pleito a La Salle.

De hecho, Clément no había puesto todavía dinero, salvo alguna leve aportación, pero había firmado documentos de compromiso. El pleito era una ofensa para La Salle, pues nadie le había pedido nada al joven clérigo. Desencadenaron un prolongado y molesto juicio. El motivo de la demanda era la aceptación por La Salle la fundación de esa obra propuesta por un clérigo joven, inexperto y menor de edad. El padre del abate, cirujano del rey y engreído con sus títulos recientes de nobleza, se opuso a la obra en cuanto lo conoció. Y pretendió que su nombre no se manchara con una cosa así. Sin darse cuenta, se degradaría mucho más por su arrogancia y por su falta de honradez. Pero el vicio de la soberbia suele producir estos efectos: ciega al que se empeña en estar por encima de los demás.

Se anulaban judicialmente las obligaciones contraídas, no por que fueran justas las sentencias, sino por que no hubo defensa del inculpado. El pleito buscaba la condena de La Salle, a quien se acusaba de soborno a un menor. La Salle puso las cartas de Clément, que eran 13, y otros documentos por él firmados, así como todos los datos explicados en una memoria, en manos del colaborador y amigo Luis Rogier y no cayó en la trampa de acudir personalmente al tribunal y a los careos que le demandaban como promotor de abuso de confianza del joven abate.

Se sospecha que, en este oscuro asunto, intervino también algún otro enemigo de La Salle, pero no hay pruebas. Rogier traicionó a La Salle y afirmó que la casa comprada con dinero de la Salle era suya y se declaró en su contra. Formó incluso otro juicio paralelo para exigir a Juan Bautista reparación y se quedó con la mansión en propiedad. Juan Bautista fue condenado por el Tribunal. Rogier se arrepentirá y, a la hora de la muerte, dejará en su testamento una cláusula, “por motivos de conciencia”: la restitución de 5.200 libras, el importe de lo robado. La sentencia condenatoria se publicó en Mayo.

